

SOBRE FUENTES E INVESTIGACIÓN HISTÓRICA: UNA REFLEXIÓN DE PRIMER ORDEN EN LA FORMACIÓN DE HISTORIADORES

César Augusto Lenis Ballesteros *

OBERTURA

Este texto es fruto de una experiencia docente en varias universidades en las que he dictado cursos orientados a la formación de historiadores y de maestros de Historia. En todas mis clases el uso, la crítica y el análisis de fuentes para la investigación sobre problemas sociales en las variables tiempo, espacio y cambio, son un componente básico, insistente e importante. No haré profundas reflexiones epistemológicas sobre el *oficio de historiar*; lo que pretendo es consignar una serie de comentarios, a propósito de las fuentes y la investigación en un contexto como el nuestro, el colombiano, siempre pensando en la funcionalidad que puedan tener para un estudiante que ha comenzado su proceso de formación por los *senderos de Clío*.

En el fondo, es una reflexión sobre algo que seguramente la mayoría de historiadores sabemos: la concepción de la historiografía contemporánea que plantea que el Historiador no solamente trabaja con fuentes escritas, como se pensaba hasta hace solo pocas décadas.¹ Es algo ya conocido. Sin embargo, son pocos los textos en los cuales se plantea de manera directa. Si bien puede ser algo obvio para la mayoría de colegas, considero que ejercicios como éste son útiles y, sobre todo, necesarios para nuestros estudiantes.

Durante los cursos de Teorías y Métodos de la Historia, Paleografía y Diplomática, Demografía Histórica, Historia de Colombia, e Historia de Antioquia, he tenido la posibilidad de recorrer parte de nuestro territorio, consultando archivos, analizando problemas sociales, vinculándolos con la observación del *espacio geográfico*, e identificando posibles fuentes para la investigación histórica sobre las regiones visitadas. Todo aquello ha servido para orientar el trabajo de los asistentes a los cursos dictados por el autor quienes, con seguridad, han aprovechado

* Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia. Historiador egresado y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín; Licenciado en Geografía e Historia, de la Universidad de Antioquia; Máster en Historia de América, de la Universidad Pablo de Olavide; y Candidato a Doctor en Historia de América, de la misma Universidad.

1 Julio Aróstegui, *la investigación histórica: teoría y método* (Barcelona: Editorial Crítica, 2001) 378. Aróstegui sigue esa línea de “apertura” en relación con la concepción sobre las fuentes para la investigación histórica. Plantea que “fuente” puede ser cualquier tipo de “documento existente, cualquier realidad que pueda aportar testimonio, huella reliquia, cualquiera que sea su lenguaje.”

esa posibilidad de iniciar un profundo conocimiento de las fuentes para estudiar diferentes momentos y procesos del pasado colombiano. El aprendizaje, el debate y los ejercicios con fuentes capacitan a los estudiantes para ejercer como historiadores en nuestro país, o fuera de él.

En España consulté manuscritos que reposan en el archivo General de Indias, en Sevilla; mas hoy en día un estudiante o un investigador puede acceder a aquella valiosa documentación si usa las herramientas de la web. En la actual “era de la información”, se ha facilitado enormemente el trabajo de los historiadores, hasta el punto de que ya no es necesario realizar prolongadas estancias en ciudades y países distantes. Sin lugar a dudas, todo esto ha servido para ampliar las posibilidades de indagación y consulta, a propósito de las eventuales fuentes para la investigación en Historia. A mis estudiantes les ha sido de utilidad; lógicamente, a mí también, y por eso este pequeño escrito, que no es más que un acercamiento a esos posibles testigos que un historiador puede utilizar a la hora de tratar los problemas que se plantea.

FUENTES DOCUMENTALES: ENTRE LA TRADICIÓN Y LA NOVEDAD

Hasta hace poco tiempo, entre nosotros las fuentes con las cuales se “hacía Historia” estaban condicionadas por su carácter “escrito”; es decir, sólo se podía investigar la Historia a partir de registros documentales y, por tal motivo, sólo eran consideradas como *fuentes* las que contaban con un soporte en papel, ya fuera manuscrito, mecanoscrito o impreso.

Esta idea ha ido desapareciendo progresivamente. En la actualidad, la llamada “interdisciplinariedad” en las Ciencias Humanas ha ampliado el abanico de posibilidades en la utilización de *fuentes* que provienen de distintos campos del saber y eso se refleja en el surgimiento de multitud de posibilidades de estudio – lógicamente, a partir de nuevas y sugerentes fuentes -, y de problemas de investigación novedosos.²

Proyectos historiográficos recientes han enriquecido mucho más ese panorama. La utilización de “fuentes poco convencionales” para la investigación histórica está directamente ligada a este fenómeno. Hoy en día se acepta que todo vestigio del pasado, independientemente de su soporte, siempre y cuando pueda ser interrogado, y sometido a la crítica, puede ser fuente para la investigación histórica.³

En las últimas décadas se ha tomado conciencia sobre el valor de los archivos para la investigación histórica en Colombia. El solo hecho de que hoy en día

2 Cf. Germán Colmenares, “Sobre Fuentes, temporalidad y escritura de la Historia”, Ensayos sobre historiografía (Bogotá: TM Editores, 1997).

3 Giuseppe Galasso, *Nada más que Historia. Teoría y metodología* (Barcelona: Ariel 2001) 249-299.

contemos con una legislación que proteja los acervos documentales de su total extinción (al menos en teoría), es una clara muestra de los avances que al respecto se han desarrollado en Colombia.⁴

La elaboración de tablas de retención documental, la Ley General de Archivos, la conformación de comités en municipios y departamentos, y la vigilante acción de entidades como el Archivo General de la Nación, han servido para tomar conciencia sobre la necesidad de preservar, organizar y poner al servicio depósitos documentales que son fuentes vitales para los investigadores sociales.

Un tipo de fuentes documentales de muy fácil acceso e importantes para estudiar el periodo colonial o el republicano, son las *fuentes impresas*; con este nombre podemos identificar documentos de época que, por su valor, han sido sometidos a procesos de edición que hacen de su difusión generalizada una de sus principales características.

En este grupo, entonces, se pueden contar las “publicaciones”, llamadas así porque salían del ámbito personal y privado, para ser destinadas al público mediante el recurso de la imprenta. Son libros, hojas sueltas, publicaciones periódicas y folletos de tiempos antiguos que podemos leer hoy en día en ediciones que reposan en bibliotecas diversas; hasta podemos adquirirlas y tenerlas en nuestras casas; aunque sean textos antiguos, son de fácil consulta.⁵

El siglo XIX fue por excelencia el siglo de la prensa en Colombia. Aunque ya desde finales del siglo XVIII se comenzaron a publicar algunos periódicos de importancia en el Nuevo Reino de Granada, fue en el siglo siguiente cuando la práctica de publicar periódicos se generalizó y alcanzó niveles antes insospechados.

Periódicos literarios, científicos, industriales, religiosos, o con fuertes tintes políticos, se convirtieron en los órganos de difusión oficial de los más diversos

4 Cf. Archivos e investigación. Memorias del primer encuentro. Medellín. Octubre 13 – 15 de 1993, Medellín, Archivo General de la Nación / Sistema Nacional de Archivos / Red Departamental de Archivos de Antioquia, 1994.

5 Existen muy buenas bases de datos que contienen materiales como éstos, propiedad de algunas de las más importantes bibliotecas del país, y que pueden ser consultados con relativa facilidad. Ver: Biblioteca Luis Ángel Arango (<http://ticuna.banrep.gov.co:8080/opac/inicio.htm>), Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia (<http://opac.udea.edu.co>), Biblioteca Luis Echavarría Villegas, de la Universidad EAFIT (<http://200.12.186.177:8080/sinbad>), o Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina (http://www.bibliotecapiloto.gov.co/index.php?option=com_wrapper&view=wrapper&Itemid=16).

Un ejemplo de fuentes impresas son las Crónicas y Relaciones del siglo XVI; textos de época y que han sido publicadas, lo que facilita enormemente su consulta. Ver: Lucas Fernández de Piedrahita, *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, (Bogotá, Ediciones de la Revista Ximenez de Quezada, 1973. Dos tomos); Fray Pedro de Aguado, *Recopilación historial*, Bogotá, Imprenta Nacional de Publicaciones, 1956; Fray Pedro Simón, *Noticias historiales de las Conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, (Bogotá, Banco Popular, 1981. Seis Tomos), y Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones y visitas a los Andes, siglo XVI*, (Bogotá, Colcultura / Instituto de Cultura Hispánica, 1993. Cuatro tomos). Recientemente, la Universidad de los Andes publicó el tomo V de esta valiosa colección de manuscritos.

Otro ejemplo son los documentos que hace ya algunas décadas publicó el historiador Juan Friede. Ver: Juan Friede, *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, (Bogotá, Academia Colombiana de Historia, diez tomos). Del mismo autor, *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada. Desde la instalación de la Real Audiencia en Santa Fe*, (Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1975, Ocho tomos).

sectores de la sociedad colombiana de la época. Pretendían “fijar opinión” y difusión de temas de interés general.

La Biblioteca Luis Ángel Arango, o la Sala de Prensa de la Universidad de Antioquia, son tal vez los más importantes depósitos de publicaciones periódicas en Colombia; colecciones que sirven para indagar sobre múltiples problemas de la historia nacional. Cuentan con índices, algunos muy bien elaborados, y herramientas de consulta que facilitan la labor de los investigadores. Lectores de microfilm e imágenes digitales, conviven con el papel y muestran el desarrollo de programas de conservación que con seguridad les permitirán a futuras generaciones tener acceso a tan valiosos materiales.⁶

Bajo este grupo de fuentes (las impresas) debe incluirse un tipo que recientemente ha ingresado con mucha contundencia al contexto historiográfico en Colombia y el resto de América Latina: eso que el historiador sueco Magnus Mörner nombró “Literatura de viajeros”.⁷

Tal literatura comenzó a escribirse desde finales del siglo XVIII; sin embargo, fue después de las guerras de Independencia, cuando los nuevos gobiernos en la América hispana recibieron con entusiasmo a soldados, mercaderes, empresarios, científicos, exploradores, diplomáticos y aventureros no ibéricos. Estos relatos fueron abundantes: algunos viajeros tomaban apuntes de sus viajes y experiencias en sus libretas, y escribieron sus textos como Impresiones, Relaciones, Viajes, Crónicas o Exploraciones, que ahora son sugerentes fuentes para los investigadores del pasado.

Los historiadores del país debemos conocer esa literatura, saber de sus autores, identificar sus procedencias, intereses, profesiones y demás; y lo más importante, identificar los eventuales problemas de investigación que a partir de su consulta pueden ser explorados.⁸

Además de fuentes documentales impresas, los historiadores tenemos un amplio horizonte de fuentes de Archivo en Colombia. Precisamente, nuestro país ocupa, después de México, el segundo lugar de América Latina en cuanto al volumen de información documental antigua se refiere. A pesar de la desidia de los gobernantes de turno, muchos de nuestros archivos no han desaparecido. En

6 Cf. María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez, *Cien años de prensa en Colombia. 1840 – 1940: catálogo indizado de la prensa existente en la sala de periódicos de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2002).

7 Un muy interesante análisis sobre estas fuentes y su utilidad para la investigación histórica, se encuentra en: Magnus Mörner, “Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870”, *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos y métodos* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 1992) 191 – 240.

8 La Colección “Biblioteca V Centenario Colcultura. Viajeros por Colombia” que el Banco de la República sacó a la luz pública a comienzos de la década de 1990, permitió la difusión de algunos de los relatos de viaje más importantes sobre el territorio de la actual Colombia, desde finales del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XX.

los últimos años, algunos de los más importantes han mejorado ostensiblemente sus condiciones de conservación, y hoy en día son utilizados por investigadores nacionales y extranjeros que se dedican al estudio del pasado colombiano.

Esos *archivos sectoriales*, son diversos en el país. Para establecer una somera clasificación de aquellos que a los historiadores nos pueden ofrecer testigos de gran valor, valdría la pena comenzar a referenciar los “archivos parroquiales y eclesiásticos” que, como su nombre lo indica, pertenecen al clero. Importantes para hacer demografía histórica o para estudiar problemas demográficos complejos. Tienen la característica de sus acertados niveles de conservación, su restringido acceso, y una organización que en la mayoría de las ocasiones permiten ubicar información de forma oportuna.

Los “archivos empresariales” también merecen mención. Empresas que por su antigüedad, importancia económica y dimensiones, alcanzan a recopilar documentación abundante, en ocasiones antigua, y que es vital para los historiadores que se interesen en la historia económica o en la historia institucional, campo de acción muy atractivo hoy en día.

Los “archivos notariales” son otra categoría importante. Los protocolos de escribanos coloniales, o lo notariales modernos, que en ellos se conservan, son útiles para hacer historia económica y social, de la cultura material, la propiedad de la tierra o las relaciones políticas en diferentes momentos del pasado colombiano.

Los negocios que se asentaban ante los escribanos eran de muy variada naturaleza: “compraventas de tierras, fianzas, fundación de capellanías o de patrimonios, cartas de poder, de libertad, o dote, ventas de esclavos, donaciones, reconocimientos de deudas, daciones en pago, traspasos de deudas, testamentos y procesos de mortuorias,” se encuentran entre los más comunes del periodo colonial.⁹

También tenemos “archivos oficiales”, de más amplia consulta y reconocimiento a nivel nacional. Algunos de los más importantes del país son el Archivo General de la Nación, en Bogotá; el Archivo Central del Cauca, en Popayán; y el Archivo Histórico de Antioquia, en Medellín. Estos archivos ilustran el desarrollo del “poder público” de lo que hoy en día es Colombia, desde tiempos coloniales. Así, poseen documentación que data del siglo XVI y llega hasta nuestros días. Habría que agregar archivos históricos departamentales, como el Archivo Histórico de Bolívar, en Cartagena; o el del Atlántico, en la ciudad de Barranquilla. Y lógicamente, archivos históricos municipales que, si reposan en municipios anti-

9 Roberto Luis Jaramillo y Luis Javier Villegas, “Índice analítico y cronológico del Archivo de escribanos de Santafé de Antioquia: 1700 – 1750”, *Archivos e Investigación. Memorias del primer encuentro* 223.

guos, pues seguramente su documentación también lo será. En Antioquia, por ejemplo, tenemos archivos históricos municipales de importancia en Rionegro, Marinilla, Santafé de Antioquia, Santa Rosa de Osos y, por supuesto, el Archivo Histórico del Cabildo de Medellín.

Hoy en día poseen herramientas de consulta sofisticadas, que facilitan la labor de los investigadores; en algunos de ellos se ha iniciado un importante proceso de digitalización que ha permitido que las imágenes se monten en modernas bases de datos que incluso pueden ser consultadas desde cualquier lugar del mundo, vía internet.

Estos archivos se han venido insertando en prácticas en las que, al menos en el contexto hispano, ha sido pionero el Archivo General de Indias, en Sevilla. Este archivo, y la plataforma del Portal de Archivos Españoles (PARES), proyecto liderado por el Ministerio de Cultura de España, y que ha permitido la digitalización y la puesta en red de los más importantes archivos de esa nación ibérica, nos posibilita acceder a documentación hispanoamericana que antes solo podía ser consultada en papel, al otro lado del Atlántico.

Los “Archivos Judiciales” merecen un comentario aparte. Estos archivos son de gran valor para la historia social. En ellos encontramos las “voces” de testigos que difícilmente aparecen en otro tipo de archivos. En nuestra ciudad tenemos un archivo de esta naturaleza, el Archivo Histórico Judicial de Medellín, custodiado en comodato por la Universidad Nacional de Colombia, y que tiene documentos que datan de finales del siglo XVII. Pleitos por tierras, peticiones, asesinatos, robos, violaciones, estupro, homicidios, fraudes, etc., permiten abrir una interesante ventana al pasado de nuestra región.

Los “archivos personales” también se destacan en este balance de los *archivos sectoriales*. Personas que por sus actividades políticas o económicas, recopilaban documentación numerosa en vida. Documentos que por alguna razón se han conservado y que han sido sometidos a procesos de organización. Eventualmente pueden ser privados, y poseen información de utilidad, bien sea para rastrear las acciones de la persona que los recopiló, o para estudiar fenómenos más amplios de la política, la economía o la sociedad colombiana. Un ejemplo representativo de este tipo de archivos es el del envigadeño José Manuel Restrepo, revolucionario de la Independencia, y autor de la primera historia patria en Colombia. Su archivo es custodiado por sus descendientes en Bogotá, y es de utilidad para todo aquel que se interese, por ejemplo, por la historia de la Independencia colombiana. Recientemente algunas universidades y bibliotecas del país han adquirido los rollos de microfilm de este archivo, con lo que se puede acceder a los documentos desde diferentes regiones de Colombia.

Los “archivos médicos” también merecen una mención. Hospitales o instituciones médicas que, por su antigüedad, conservan volúmenes de información considerables. Algunos de esos documentos ya no se consultan en estas instituciones y, en algunas ocasiones, son cedidos a entidades que les pueden dar un uso diferente. Tal es el ejemplo del Archivo del Hospital Mental de Antioquia, que hace poco tiempo ha llegado en comodato a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y del que seguramente saldrán múltiples trabajos de pregrado y postgrado en próximos semestres.

EL ESPACIO GEOGRÁFICO... A PROPÓSITO DE LA CARTOGRAFÍA Y LA “GEOGRAFÍA HISTÓRICA”

Vincular recorridos por el espacio geográfico que estudiamos desde una perspectiva histórica, trae consigo una mejor comprensión de los problemas sociales que exploramos los historiadores.¹⁰ Salidas de campo a los lugares en los que se manifiestan tales problemas, permiten entender las múltiples dinámicas que de ellos hacen parte; actividades económicas, pautas de poblamiento, modificaciones al entorno, recursos naturales, vías de comunicación, climas y vegetaciones, y sobre todo “cambios y continuidades” en los procesos sociales, entre otros múltiples aspectos, pueden ser apreciados de primera mano, con sólo tomar un vehículo, recorrer la geografía de un país como el nuestro, realizar previas lecturas, y plantear todas las preguntas posibles relacionadas con nuestros intereses investigativos.

Y es que apuntarle a la comprensión de procesos sociales, más que a la simple acumulación de información, es una destreza que debemos adquirir a lo largo de nuestra formación profesional. Las salidas de campo contribuyen a la comprensión de esos procesos. Ellas permiten entender múltiples fenómenos sociales en el tiempo, desarrollados en esos “escenarios naturales” visitados.

El trabajo en dichos lugares debe ser intenso; no se trata de turismo universitario, como eventualmente algunos colegas piensan a las “Salidas de campo”. Problemas, preguntas, lecturas previas, paradas en lugares estratégicos, guías de trabajo y un constante interés por explicar problemas sociales de los cuales aún hay evidencias en el entorno natural, hacen de estos ejercicios algo totalmente productivo. Se hace del *espacio geográfico*, entonces, una fuente para la investigación social. Y si se utiliza *cartografía*, tanto moderna como antigua, el panorama se torna aún más interesante.

10 Una muy valiosa reflexión sobre la necesidad de emplear las herramientas de la Geografía en la investigación histórica, la encontramos en el clásico de trabajo de Carl O. Sauer, “Introducción a la geografía histórica”. *Geografía histórica*. (Claude Cortez) Comp. (México: Instituto Mora / Universidad Autónoma de Metropolitana, 1991) 35-52.

Sin lugar a dudas la inclusión de croquis, planos y mapas es algo a lo que se le ha prestado poca atención dentro de la investigación en Historia. A lo sumo, cuando son utilizados, no pasan de ser un mero adorno, una escueta “representación” de la zona por estudiar, o el simple respaldo de un texto de literatura histórica, desconociendo, de esta manera, las potencialidades que estas fuentes ofrecen. Más aún, es prácticamente inexistente la utilización de cartografía de época en las investigaciones; un común denominador, entonces, es la incompleta o mejor la débil mirada de los historiadores contemporáneos sobre la útil herramienta de la cartografía antigua.

En las etapas de producción de una historia, es fundamental reflexionar sobre el espacio y una de las más útiles fuentes es la cartografía. Ella permite percibir la manera en que el territorio, a través de los tiempos, ha sido reducido y representado sobre el papel por funcionarios, dibujantes, geógrafos, viajeros, ingenieros, topógrafos y demás gentes involucradas en la elaboración croquis, planos y mapas. Además, permiten entender problemas de la historia política, las divisiones territoriales, el poblamiento y la colonización, los conflictos de fronteras y la construcción de nuevas sociedades, para citar tan solo algunos ejemplos.

En ese sentido, vale la pena aclarar que la *Cartografía* existe, más no la *Cartografía Histórica*. Es decir, un mapa antiguo se torna en objeto histórico cuando el Historiador lo considera, lo busca, lo estudia, lo interroga, lo critica, lo involucra en su relato y, sobre todo, lo valora como fuente. Es por eso que los mapas antiguos no deben tomarse como “bellos” o como simples “curiosidades” propias de coleccionistas. Ellos pueden convertirse en valiosas fuentes de investigación histórica si se les sabe interrogar y criticar, realizando comparaciones, estudiando las técnicas mediante las cuales fueron levantados, analizando el territorio que expresan en los trazos y, ante todo, valorando la información que puedan contener. Es sólo a través de esa valoración de los mapas antiguos como surge la *Cartografía Histórica*.¹¹

Y es que el valor de los mapas antiguos radica en las preguntas que puedan generar, en la manera crítica de interpretarlos, y en las formas en las que se puedan utilizar como fuente en las investigaciones. Sólo mediante preguntas a los mapas antiguos podrá hacerse uso de la *Cartografía Histórica* en la investigación social.¹²

11 Roberto Luis Jaramillo. *Tres siglos sobre el papel. Cartografía histórica de Antioquia* (Medellín: Banco de la República / CINDEC – Universidad Nacional de Colombia, 1997) 1.

12 César Augusto Lenis y José Guillermo Londoño, “Caminos y Cartografía: de los informes orales al diseño digital”, *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, (Orián Jiménez, Edgardo Pérez y Felipe Gutiérrez) Ed. (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005) 125-139.

Es paradójico, entonces, que la relación entre la cartografía y la historia forme parte de esos desafortunados divorcios sin sentido que suelen ocurrir en los repartos de las Ciencias Sociales. La elaboración de mapas o de cualquier representación gráfica últimamente ha estado alejada de ciertas tendencias historiográficas y se ha tendido a calificar de positivista o en el peor de los casos, “escuela”, cualquier propuesta pedagógica o investigativa a través de su utilización. Por fortuna esas posiciones hoy se insinúan tan débiles que, por el contrario, llaman cada vez más a la interdisciplinaridad del trabajo de la Historia con otras Ciencias Sociales o, incluso, exactas. Una de estas reconciliaciones es la que acerca a la Historia y a la Geografía y que es, en el fondo, reconocer el carácter inseparable de los hombres y sus procesos, con el espacio que ocupan.

ESTADÍSTICAS Y DEMOGRAFÍA HISTÓRICA

Un tipo de fuentes, de gran valor en la investigación histórica, es aquella que nos permite el acercamiento directo a las condiciones demográficas de sociedades pasadas. Nacimientos, matrimonios, defunciones, movilidad social, o la simple contabilización de personas, son las razones de ser de algunos de esos documentos.

Para el caso colombiano, esas fuentes son diversas, y varían dependiendo de la época en la que concentremos nuestra atención. Para el estudio de los tiempos coloniales vale la pena destacar la utilidad de algunas de esas fuentes. Las *visitas de la tierra*, se encuentran entre las más valiosas. Documentos elaborados en los siglos XVI y XVII, y que son una verdadera ventana a la demografía de ese momento de choques y reacomodamientos sociales en el Nuevo Reino de Granada.

Las *Crónicas*, las *relaciones* y los *informes* del siglo XVI y las primeras décadas del XVII han sido una de las fuentes básicas para el estudio de la población en el Nuevo Reino de Granada. Aunque son fuentes muy importantes, deben tomarse con mucha precaución. Es claro que la crítica de fuentes es una herramienta ineludible a la hora de acceder a cualquier vestigio del pasado, para interrogarlo, y con crónicas, relaciones e informes el cuidado y la crítica deben ser mayores. Los cronistas ofrecen una serie de datos valiosos que permiten, con la ayuda de otras fuentes, completar cuadros aproximados de población y constituyen un valioso punto de referencia que, en muchas ocasiones, son la única imagen de la población que podemos reconstituir. Aspectos como el carácter de la crónica, las intenciones de su autor, la época de elaboración, y su aceptación o su censura, entre otras variables, deben ser tenidas en cuenta a la hora de utilizar estos testimonios en análisis demográficos sobre los siglos XVI y XVII.

Ya en el siglo XVIII, el deseo político por construir un nuevo “imperio”, integrado por una población sujeta al orden, el progreso y la civilización, llevó a la monarquía española a elaborar *Padrones* y *Censos*; su objetivo era conocer el número exacto de vasallos (algo que no se sabía con certeza), el color de piel, la ocupación, el sexo, la capacidad tributaria y las propiedades, entre otros aspectos.

Documentos como éstos muestran ese cambio de percepción de las colonias, implantado desde a metrópoli en el siglo XVIII. Ahora, interesaba “modernizar” al Estado, y eso implicó la modificación de múltiples prácticas de control y dominio, con el ánimo de hacerlas más efectivas. En ese contexto, la población fue pensada como un recurso; un recurso que no se conocía con detalle; que era necesario contabilizar, ordenar y, por esa vía, controlar de manera efectiva.

Esto es algo que ya se insinuaba desde el primer Borbón que llegó a la monarquía ibérica, Felipe V. Al iniciar el siglo XVIII, la monarquía hizo un inventario del Imperio que recibió; buscaba modernizar su economía, su sociedad y sus instituciones. Se plantearon algunos “planes de desarrollo”, como el de Josep del Campillo y Cossío, que comenzaron a orientar las políticas de gobierno a lo largo de ese siglo.

En el Nuevo Reino de Granada los *padrones* empezaron a elaborarse a partir de 1777; contabilizar a los vasallos del virreinato era un acto que tenía inmersa la idea de pensar en esa población como un recurso valioso. En los padrones de ciudades y villas del Nuevo Reino se incluyeron datos de individuos de procedencia muy desigual y con un lugar muy diferente en la escala social; sin embargo esta condición fue superada por la manera y el método de contabilizar a los vasallos, pues recogió las diferencias entre personas y categorías reflejando, en parte, la organización social y a la vez legitimando ante el conjunto de la sociedad la posición que en ella se ocupaba.

No dejan de ser valiosos los *archivos parroquiales* para hacer demografía histórica. Son fuentes de gran utilidad para análisis de tipo estadístico y demográfico. Si contamos con los permisos requeridos, y consultamos la información que en ellos reposa con previas preguntas, tendremos la posibilidad de contar con visiones muy certeras de los cambios demográficos en periodos de tiempo prolongados de la zona que pretendamos estudiar. Libros de matrimonios, defunciones y bautismos, además de informes y visitas eclesiásticas, eventualmente pueden reposar en estos archivos.¹³

13 Hermes Tovar Pinzón. “Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970) 65-139.

UN ABANICO TOTALMENTE ABIERTO

Fuentes aún más sugerentes y novedosas han ingresado a nuestro contexto historiográfico en los últimos años. Ya han rendido frutos, representados en tesis, libros y artículos realizados por investigadores que literalmente han abierto frentes de trabajo con la utilización de estos materiales.

Las *fuentes visuales* han servido para tratar asuntos tan complejos como las formas de existencia cotidiana, las maneras de vestir, la alimentación, el transporte o las diversiones populares, para citar tan solo algunos ejemplos.

Sucede algo con ellas y es que, hasta hace tan solo algunos años, eran utilizadas como adornos en la investigación, algo similar a lo ocurrido con la cartografía antigua. Sin embargo, si esas fuentes visuales se interrogan, se critican, se valoran, y se utilizan en la investigación, se transforman en valiosos testigos del pasado, que el historiador aprovecha de manera significativa.

Algunos artistas, por ejemplo del siglo XIX, nos dejaron un importante legado de fuentes visuales. “Acuarelas” como las de Ramón Torres Méndez, o Josep Brawm, de la primera mitad del siglo, son tan solo un ejemplo de estas fuentes.¹⁴

Ya en la segunda mitad del siglo XIX comenzó a generalizarse la elaboración de grabados; algunos ilustraron relatos de viaje y muestran el asombro de los extranjeros al recorrer esta particular geografía, observar la composición étnica de las gentes y notar las prácticas culturales de la Colombia del momento.¹⁵

Desde mediados del siglo XIX también comenzó a notarse, cada vez con mayor fuerza, el ingreso de la fotografía a nuestro país. En ciudades como Bogotá, Cartagena, Medellín o Cali, algunos gabinetes fotográficos comenzaron a figurar, algo que estuvo vinculado con el desarrollo de la química, la minería o la producción de cerveza, por ejemplo.¹⁶

En Antioquia, establecimientos como el de los hermanos Pastor y Vicente Restrepo, Melitón Rodríguez, Rafael Mesa, Benjamín de la Calle, Francisco Mejía o Jorge Obando, dejaron un legado de gran valor para todo aquel que se interese por el estudio de procesos sociales desarrollados en la región desde la década de 1850.¹⁷ Precisamente, en Medellín reposa la que es considerada la

14 Cf. Efraín Sánchez, *Ramón Torres Méndez: pintor de la Nueva Granada, 1809-1885* (Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1987); Efraín Sánchez, Aida Martínez y Malcom Deas, *Tipos y costumbres de la Nueva Granada: la colección de pinturas formada en Colombia por Joseph Brown entre 1825 y 1841 y el diario de su excursión a Girón. 1834* (Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1989).

15 Cf. *América Pintoresca. Descripción de viajes al Nuevo continente por los más modernos exploradores. Carlos Wiener, Doctor Chevaux, D. Chanay, etc., etc. Edición ilustrada con profusión de grabados* (Barcelona: Montaner y Simón Editores, 1884).

16 Cf. Eduardo Serrano, *Historia de la fotografía en Colombia* (Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bogotá, 1983).

17 Cf. Melitón Rodríguez, *Fotografías*, (Bogotá, El Áncora Editores, 1985), *Benjamín de la Calle. Fotógrafo*, (Bogotá, Banco de la República / Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales / Biblioteca Pública Piloto, 1993); Rafael Mesa, *El espejo de papel*, (Bogotá, Banco de la República / Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1988); Francisco Mejía, SC., Banco de la República / Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, SF).

colección de fotografías más importante de América Latina, y sin dudas uno de los archivos fotográficos más grandes del mundo: el de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. En esta institución también se está adelantando un proceso de digitalización de su archivo fotográfico, y de montaje en bases de datos que pueden ser consultadas en internet. De esta manera un número cada vez mayor de las imágenes que en su archivo visual reposan, pueden ser consultadas relativamente fácil desde cualquier lugar del mundo.

La *fuentes oral* es otra de las que nos permiten acceder al pasado. Datos suministrados por testigos directos de los procesos que estudiamos, y con los que también debemos aplicar el mayor rigor a la hora de utilizar la crítica de fuentes.¹⁸ Muchos trabajos en nuestro país se han nutrido con este tipo de testigos, muy humanos, si se quiere reales, y con los que se pueden abrir frentes de investigación sobre la historia moderna y contemporánea.

La *arquitectura* también puede ser una fuente para la investigación histórica; visualizar estilos constructivos, materiales, fachadas, estructuras y demás, formular preguntas y cruzarlas con otras fuentes, seguramente hará de los recorridos por ciudades coloniales, republicanas o barrios modernos, algo totalmente útil para la investigación. Esas fachadas y estilos arquitectónicos literalmente nos hablarán, y nos mostrarán vestigios de procesos sociales complejos.¹⁹

Ya más recientemente, los diálogos establecidos entre campos del saber como la Historia, la Antropología y la Etnografía, han permitido que los historiadores utilicemos fuentes propias de la llamada *cultura material*; vestigios materiales, herramientas, artefactos, etc., de épocas pasadas, y que nos dan cuenta de actividades humanas que perfectamente pueden ser estudiadas con estas fuentes.²⁰

De igual manera *la cultura inmaterial* ha ingresado como fuente para la investigación histórica. Memorias orales, tradiciones, cantos, músicas, etc., que siempre y cuando se interroguen de manera adecuada, pueden ofrecerle a los historiadores testimonios de suma utilidad para la investigación.

El abanico de posibilidades de utilización de fuentes en Historia, entonces, es exageradamente amplio. Con seguridad hay muchas más que no aparecen en este breve escrito. Y seguramente, a futuro, ingresarán otras, para enriquecer esos panoramas historiográficos actuales en un país como el nuestro.

El reto para nosotros, los historiadores en formación, es enorme, en la medida en que debemos caracterizarnos por un manejo y conocimiento detallados de

18 Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, (México, Fondo de Cultura Económica, 1999), 272-308.

19 *Fundación Ferrocarril de Antioquia. 20 años restaurando el patrimonio* (Medellín: Fundación Ferrocarril de Antioquia, 2007) 9-16.

20 Arnold J. Bauer, *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina* (México: Taurus, 2002); *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, (Arjun Appadurai) Ed. (México: Grijalbo, 1991).

esas fuentes. Desde los iniciales cursos del pregrado, es algo en lo que se debe insistir sin vacilaciones.